
DEMOCRACIA A ESPALDAS DEL PUEBLO

José Ignacio Cabrujas

Hace 23 años estoy en la Plaza de Capuchinos en la ciudad de Caracas, hace 23 años me he quedado allí, en una esquina y tengo miedo, tengo muchísimo miedo, se me ha dado de alguna manera orden, se me ha dicho que vigile, que alguien va a hablar, que va a producirse un mitin relámpago, que va a hablar en muy pocos minutos, y que yo debo estar allí pendiente de la presencia de la policía, y allí estoy parado, y allí me veo a mí mismo, parado, 23 años atrás, esperando ese orador que desconocía, se me había dicho que el orador era un amigo mío y que yo me sorprendería al verlo en la Placita de Capuchinos, veo alguno que otro policía que pasa a la distancia, veo la gente que allí se congrega, transeúntes habituales de la plaza y de repente veo el orador, mi amigo Andrés Rafael López, estudiante del Liceo Fermín Toro, apasionado de la economía y de las películas de Tarzán, pero más aún, más gravemente aún, absolutamente gago, y es él quien va a dirigirle la palabra en un mitin relámpago, la peor cosa que un gago pueda hacer en este mundo, a una multitud. Nos

veamos la cara, con esa mirada maliciosa de una presunta clandestinidad que en ese momento apenas intuíamos, nos vemos la cara, somos dos hombres, dos niños, torpes, chambones, que van a realizar algo por primera vez en su vida, que van a enfrentar algo por primera vez en su vida, y entonces, con paso decidido, mi querido orador gago, se trepa sobre el busto de la plaza, a la altura cercana de un palomar y comienza a dirigirle la palabra al pueblo, pero como es gago, tarda mucho tiempo en decir: Pueblo de Caracas, y repite, pue...pue...y pue... varias veces para natural consternación de los allí presentes y para la total incompreensión de lo que allí ocurría y yo lo miro, desesperado pensando que ese mitin relámpago no será tan relámpago porque se le ha dado a él, asustadísimo, al saber que la llegada de la policía es inminente, y al fin, mi querido amigo López, logra articular: abajo la Dictadura y allí terminaba su mitin, allí terminó también su gaguera, porque la carrera fue grande, de inmediato la policía acordonaba la plaza y López y

yo corríamos desesperados, porque la policía nos perseguía entre otras personas, con pintura roja, para echarnos pintura roja en el cuerpo y para planearnos desde allí hasta que pudiéramos llegar a nuestras casas, si era que llegábamos.

Estoy allí, hace 23 años, y ahora salto a otra parte, hace 23 años, el 24 de Enero estoy en la calle, estoy caminando por las calles de Caracas, ha pasado un día del derrocamiento de Pérez Jiménez, ha pasado un día de aquella conquista de un sueño, de lo que parecía un imposible, he acumulado experiencia, he estado en la cárcel, he visto las torturas de la Seguridad Nacional, he contemplado con mis propios ojos la abyección humana, que eso significó para nuestro país, he visto hombres íntegros llorar y quebrarse en esa cárcel, he visto los espectáculos más nauseabundos, más abominables, me he sentido desnudo golpeándome cuatro policías en un pequeño cuarto, preguntándome el nombre de Snatos Yormes, aquel héroe que después supimos que se llamaba Pompeyo Márquez vimos, y quién fué, y dónde está? y me veo allí mismo golpeado por esos cuatro salvajes y he acumulado esa experiencia. Pero ahora estoy en la calle, y veo los policías, y veo los soldados, y veo los tanques en las calles de Caracas, y de repente por primera vez en mi vida siento alegría ante un soldado. de repente por primera vez en mi vida quisiera hablar con ese

soldado, saludarlo, quisiera decirle que soy su compatriota, que soy su amigo, qué espero de él qué él puede esperar de mí.

Días más tarde los vimos llegar vimos llegar a aquellos que iban a aparecer como líderes, días más tarde vimos llegar a aquellos que decían detentar la verdad, bajaron en los respectivos aviones que los conducían de diferentes partes, de un largo y penoso exilio, y estaba allí Betancourt, estaba Villalba, estaban todos, se saludaban, se estimaban, hacían pactos, de alguna manera trataban de establecer la suerte de un país. Pero en ese mismo momento, empezaron nuestras diferencias, con aquellos hombres que regresaban de la aureola de un exilio, con aquellos viejos militantes que venían de ese exilio, comenzó la terrible diferencia, porque debimos hablar a Betancourt en la Universidad Santa María de Caracas y referirnos de manera accidental y en cierto sentido improvisada, que este país, Venezuela, se podía comparar al Lejano Oriente americano, que este era el país de la fiebre del oro y que lo que habíamos vivido en esos diez años de dictadura no era real, no era válido, era simplemente el resultado de una gigantesca equivocación, y nosotros, una generación formada allí, formada en esa dictadora, vivida en esa dictadura y que había comenzado a establecer su pensamiento dentro de esa dictadura, nos sentimos de inmediato apartados por los que

detentaban aquella presunta verdad. No (se nos decía) han vivido un error, ese día, se estableció en esa Universidad, y se empezó a establecer en este país, que ya no se podía hablar de la dictadura de Pérez Jiménez, que era un nombre olvidado, que no era necesario analizar lo que nos había pasado en esos diez años, que había que olvidarlo, que era un hombre demasiado maldito para continuar recordándolo. Ese día se comenzó una ilusión, ese día se comenzó a hacer un grave daño a este país y a los hombres de este país.

Porque 23 años después de estas emociones, nos reúne aquí el tema de las Expectativas del Venezolano. Aquellas expectativas que 23 años atrás parecían absolutamente claras, absolutamente lúcidas, perfectamente sentidas en el mejor de nuestro lirismo, qué queríamos, como pueblo, qué queríamos como sociedad, qué queríamos como estudiantes que éramos en ese momento, qué queríamos como militantes de partido que éramos en ese momento? Queríamos Democracia, queríamos libertad, queríamos realizar nuestro propio lenguaje, queríamos descubrir nuestro propio país, y se nos dijo a nosotros, surgidos en una década de absoluta oscuridad, en una década donde se prohibió la disidencia, se nos dijo: Hay libertad, se puede hablar se puede escribir, se pueden decir las cosas, y aquello nos mareó, nos mareó aquella libertad, nos mareó

aquel sentido formal de libertad; pero iba acumulándose el tiempo y esa libertad no bastaba, no lográbamos articularla con nuestro propio pensamiento, con la propia visión de esa realidad.

Siempre esta historia la hemos repetido una y otra vez en nuestro país, de alguna manera esta historia abarca generaciones enteras en un país, el deseo de establecer algo y la frustración ante eso que se quiere establecer. Siempre fuimos en este país, un lugar de paso, siempre fuimos un lugar de mientras tanto y por si acaso, está allí en todo nuestro pasado, está allí en nuestras catedrales, en nuestras edificaciones españolas, en nuestras calles, y qué expectativas nos da esta Democracia? Por qué el futuro, por qué no también el pasado? Por qué nuestro propio pasado, no es en sí mismo una expectativa? Yo siento que ese tema que hoy en día debatimos con tanta frecuencia en nuestro medio, esta identidad del venezolano, esta identidad de hombres, de gente que surgió y que ha vivido 23 años de este sistema que en este momento poseemos en el país, esa identidad empezamos a echarla de menos, empezamos a predicarla y a buscarla, porque de alguna manera hemos perdido nuestra propia condición de pueblo, de alguna forma hemos continuado el hilo tradicional de nuestra historia, de alguna manera continuamos siendo el mismo país de paso, el

mismo país de mientras tanto y de por si acaso.

Se nos borró nuestro pasado, ¿a dónde vamos? ¿a dónde vamos si no fuimos? a dónde vamos si no tenemos referencia? ¿a dónde vamos? si atrás de nosotros no existe la menor señal de ese a dónde vamos? ¿al vacío? ¿a la crisis? ¿al no sentirnos? ¿al no saber por qué nos ha convocado la historia en este momento y en estas circunstancias? ¿Cuál esa expectativa? ¿Cómo la podemos visualizar? ¿Dónde está este hombre, este venezolano que amamos, que queremos, al cual le dedicamos largas e inmensas horas de nuestra vida, al tratar de reflejarlo, al tratar de llevarlo a un escenario, al tratar de sintetizarlo en el teatro o en la televisión? ¿Quién es ese hombre? ¿Qué hizo por él 23 años de Democracia?

En este momento, el escepticismo pareciera apoderarse del hombre que vive en este país. Es que el sentido de la militancia ha degenerado en nuestros partidos políticos, es que el sentido de trabajar y de luchar por algo que se denominaba ideal ha desaparecido totalmente de la gran mayoría de la sociedad venezolana. El hombre, que se ha cosechado en esta sociedad, es el producto neto de 23 años donde el pueblo venezolano no ha sido consultado en ningún momento, es el producto neto de haber dado la espalda a una colectividad, a un pueblo, a un país, a una tradición, a una

cultura, haberle dado la espalda, haberlo dejado allí aislado con ese con que de nuestros gobernantes de ocúpate tú de lo tuyo que yo me ocupo de lo mío.

Qué han significado estos 23 años aparte de esa posibilidad de hablar mal del gobierno que vendría a ser la sustancia entonces formal de la Democracia, qué ha significado eso, aparte de un acto no éste donde puedo decirlo sin esperar que allá venga una camioneta y me arreste, y me lleve a la tortura o a la cárcel. Qué ¿hay más allá de esa forma? Siento que un vacío, siento que nuestra población, que nuestros hombres, no son convocados en estos momentos por la historia hacia nada, que en el país se han impuesto los valores de una comodidad política, de una circunstancia política, que no existe la menor perspectiva, la menor relación entre lo que fué en nuestros años pasados -los años 40-, un viejo militante de Acción Democrática -por citar ese partido concretamente- y lo que es hoy en día un militante del mismo partido, Acción Democrática. Pienso que aquel partido que se formó y se creó para hacer de Venezuela un país que desterrara su vieja estructura, el feudalismo, es simplemente un partido que creó en la sociedad venezolana un inmenso colchón de clase media y que asumió esa clase media, y que mediocrizó a esa clase media hasta convertirla en una clase media inerte, que ha corroído la mentalidad de nuestro país. Vivimos, y nuestras

expectativas son esas, en un país de señoritos, en un país de señoritos malcriados, ahí llegó el venezolano, a esa situación fué llevado el venezolano, el calor de ese impulso que vivíamos en la Placita de Capuchinos hace 23 años, terminó por ser simplemente el juego de un país de zona franca, el juego de un país que compra barato en Miami, el juego de un país donde el sufrimiento, donde el sacrificio, donde la perspectiva de un futuro, ha dejado de existir y ha comenzado a ser prácticamente inexistente.

Debo resumir porque 20 minutos para hablar de esto me resultan agobiantes, pero a la vez necesarios, y los agradezco. Hace poco estuve viendo el traslado de los restos de Andrés Eloy Blanco al Panteón Nacional me detuve casi por azar en una esquina de Caracas y vi esa urna, que avanzaba allí entre militantes de diversos partidos, básicamente de Acción Democrática y básicamente del partido cristiano, y eso que se podría llamar el pueblo de Venezuela, por lo menos así lo llamó la prensa y avanzaba esa urna cubierta con una bandera de Venezuela en aquel lugar de Walkie Talkies, en aquel lugar de cascos, en aquel lugar de zapatos adidas, en aquel lugar que olfa indefectiblemente a esa imagen, a ese hecho, que ha atrapado a buena parte de nuestra juventud, estaba allí, acompañando los restos de un poeta que creía en la Democracia, y de pronto, no

tenía aquello el aire de un entierro, de pronto era carnaval y de las azoteas empezó a caer papelillo sobre los restos de Andrés Eloy Blanco, y resultó conmovedor ver aquella fiesta, una especie de generación inerte que enterraba a un hombre sin entender a quien enterraba, que lo llevaba al Panteón, que se llevaba un viejo discurso olvidado, a uno que había padecido cárceles, a un hombre que había padecido torturas, precisamente por hacer de este país, un país decente.

He aquí la perspectiva que como hombre de teatro, como hombre de televisión, que he intentado un diálogo con este pueblo, siento de estos 23 años, no aspiro ser lúgubre al decirlo, he escuchado y he leído en los periódicos de Mérida que buena parte de las intervenciones en este Foro han resultado caóticas, han resultado duras, no pretendo serlo, porque tengo, debo tener, la misma fe en aquel tipo que tenía miedo en la Plaza de Capuchinos, que todavía está allí esperándome, esperando mi propia vida. No puede ser que 23 años de libertad de pensamiento, que 23 años de poder expresar nuestros pensamientos, nos hayan llevado a este atolladero, pero es que hemos practicado en Venezuela una Democracia a espaldas del pueblo, es que el único acto de Democracia que se produce en nuestro país es ese torneo, ese carnaval de cuñas de televisión que constituyen nuestras elecciones, cada vez más

SOCIEDAD

carentes de significado.

Creo para terminar, en ese sentido legítimo de la Democracia, sistema político que quisiera defender a toda costa, porque he vivido lo que puede significar un totalitarismo dentro del hombre, he vivido esa cárcel, que está allí también esperándonos a todos, en esta hora crucial del país, es necesario defender este sistema de Democracia, pero es necesario entenderlo como la realidad, como la consulta popular, y sólo en esta coyuntura de nuestro país, la izquierda

venezolana tendría en este momento, la gran perspectiva, para poder acometer esa verdadera empresa de la Democracia, entonces, así como hace 23 años éramos y sentíamos lo mismo y queríamos lo mismo, 23 años más tarde en un Foro como éste, uno debería terminar pidiendo a esa zona consciente de nuestro país, este acto de unidad imprescindible, necesario, definitivo, para poder regresar a ese sueño que 23 años atrás, comenzábamos a perder.